

LUIS MERINO REYES



Las armas del escritor

Acaba de cumplir ochenta y siete años -el pasado 12 de febrero-, de los cuales setenta y cinco ha dedicado a la literatura que lo atrapó cuando era estudiante de liceo. Su existencia ha sido agitada e intensa. "Hay muchas vidas en la vida de Luis Merino Reyes", escribió Mario Ferrero. Fue oficial de ejército, director de una revista de criminología, vendedor de vinos, periodista, taxista, empleado público, oficios que en ocasiones se superpusieron, pero que nunca lo apartaron de lo suyo que es escribir. En 1936 publicó "Islas de Música", un libro de poemas, y desde entonces no ha parado. Una treintena de obras -poesía, cuentos, novelas, ensayos- innumerables artículos periodísticos conforman su trayectoria. Activo dirigente gremial en defensa de los escritores y la cultura, Merino Reyes es hombre de ideas democráticas, con clara definición de Izquierda. Partidario de Salvador Allende en todas las campañas presidenciales, fue excepción en una familia de alta clase media, conservadora.

Hijo de un militar que murió muy joven, no tiene memoria de su padre pero habla de su madre, viuda que no se volvió a casar, pobre, orgullosa y estricta, que recibió ayuda de sus familiares para vivir y educar a sus dos hijos. Entre generales y almirantes de ambas ramas familiares, destaca la figura de don José Toribio Merino Saavedra, tío paterno, bondadoso y lleno de generosidad. No habla mal de su primo, el almirante juntista, aunque no mezquina críticas a la dictadura de Pinochet y a los militares. Recuerda que en plena dictadura recibió la visita del almirante Merino Castro acompañado de su esposa, que llegó con un ramo de orquídeas. "Hablamos cerca de dos horas, ni una palabra de política. Solamente de cuando éramos niños y jóvenes, los veraneos, la playa de Las Salinas, de nuestros padres".

La vida de Luis Merino Reyes parece marcada por el cambio y la pasión. Con hechos insólitos como su nacimiento en Tokio y un viaje en el Transiberiano con un ama japonesa, porque su padre era adicto militar en Japón. Oficial graduado del arma de ingenieros dejó al Ejército para agradar a su esposa, Lucía Montero Marín, una bella profesora de francés, férreamente civilista, y además -aclara- "porque no era lo mío, no iba con mis intereses y mi temperamento", dice mientras recuerda los días de feroz disciplina en la Escuela Militar comandada por el coronel Caupolicán Clavel. Después renunció a un cargo público con motivo de la masacre del Seguro Obrero. La dimisión le fue rechazada pero más tarde fue exonerado por el gobierno del presidente Pedro Aguirre Cerda de quien había sido partidario. En los tiempos en que no tuvo trabajo estable, las vio negras para mantener la casa y educar a sus cuatro hijos.

Poeta sutil y auténtico, derivó a la prosa como cuentista y luego autor de importantes novelas, por las que ha recibido distinciones importantes. Ha sido propuesto al Premio Nacional de Literatura. El mundo novelesco de Merino Reyes es el de la clase media urbana, que examina con descarnada sinceridad, con argumentos bien contruidos y prosa que destaca por la sobriedad y precisión. Son novelas cargadas de tensión y claroscuros a veces agobiantes, donde no faltan las figuras arquetípicas. "He escrito sobre lo que conozco"- enfatiza- "y de manera directa, porque ese es mi modo de ser". Testigo del siglo tiene una memoria enciclopédica de escritores y personajes, en la que destacan las sombras de grandes amigos muertos: Benedicto Chuaqui, Luis Durand, Jorge Aguirre.

Conversamos en el escritorio del pequeño departamento en que vive, en Vergara al llegar a Blanco, barrio en que ha permanecido desde su niñez. Afuera el sol de ve-

rano, adentro la luz encendida muestra los libros de una biblioteca abundante y bien ordenada. Fotografías, recuerdos familiares. Algunos cuadros en el living y un gran dibujo de Máximo Gorki hecho por la pintora Dalal Chuaqui.

GENERACION DEL 38

Habla rápido, con voz de hombre joven. Cuenta que antes por teléfono lo confundían a menudo con su hijo Luis Merino Montero, musicólogo, decano de Arte de la Universidad de Chile. Es notoria la facilidad de palabra -desarrollada en la actividad gremial y pública y tal vez también en las logias que frecuentó en una época y donde supo de Pinochet que después se diría fervoroso católico.

Conversa con soltura, atento al llamado de su esposa que está enferma y necesita asistencia. Entusiasta y jovial, a veces lo invade una corriente de tristeza que disipa recordando una frase de su amigo Luis Durand: "el dolor es pa' que duela", expresión profunda en su aparente liviandad. En sus palabras se trasluce por momentos una cierta vehemencia, propia de los caracteres fuertes.

Esta fue nuestra conversación.

Usted es integrante de la Generación del 38, una de las más importantes de la literatura y de la cultura chilenas que marcó un punto de quiebre significativo en la vida nacional ¿cómo aprecia a la distancia su significación?

"La generación del 20 se identifica primordialmente por dos grandes figuras: la de Neruda, el poeta por excelencia y la de José Domingo Gómez Rojas, poeta menor pero importante héroe civil, víctima de la crueldad del poder que lo llevó a la muerte. La generación del 38 fue distinta.

Comprende a los autores que comenzaron a publicar entre 1934 y 1942 -más o

menos- y no fue una generación puramente literaria, ni una generación snob preocupada de los reflejos de la literatura inglesa o francesa ni que reconoce solamente a una o dos figuras nucleares. Fue una generación que vino de la literatura tradicional chilena, criollista o urbana, pero con acentuada preocupación social. El tiempo lo explica: la guerra civil española en que la mayoría de los intelectuales cerramos filas tras la República, la llegada del 'Winnipeg', tal vez la inmigración más variada e interesante que ha llegado al país; la segunda guerra mundial y la lucha contra el nazismo y el triunfo de don Pedro Aguirre Cerda y el Frente Popular que en muchos aspectos cambiaron al país".

También fue significativo el origen social de los escritores del 38...

"Es otro aspecto importante. Con esa generación salimos del escritor que hace novela popular criollista desde los corredores del fundo o novela urbana desde los salones. Pienso en Federico Gana, en Pedro Prado, en el propio Durand. Aquí por primera vez, con Sepúlveda Leyton, con Nicomedes Guzmán y varios otros aparece el escritor que viene del pueblo".

Hay un cambio del observador y del protagonista

"Efectivamente. Cuando uno lee, por ejemplo, 'La vorágine' de Eustacio Rivera, el gran escritor colombiano, recibe la visión de un poeta que va a la selva, de un funcionario diplomático que trabajó en comisiones de límites. Y uno se pregunta ¿y qué dirá el cauchero? ¿qué dirá el hombre de los llanos que trabaja y sufre? Esa expresión debemos conocerla. Y eso se advierte entre nosotros el 38".

CLASE MEDIA CHILENA

Sin embargo, en esa generación de escritores que vienen del pueblo o de la clase media baja, hubo excepciones y una de ellas fue usted.

"Relativamente. Soy un hombre de clase media alta, rigurosamente venida a menos. Mi ambiente fue cruelmente aristocrático, aunque vivíamos en la pobreza. Estudié en el Liceo Alemán, colegio para la alta burguesía y la aristocracia, pero todos los gastos fueron costeados por la Liga de Estudiantes Pobres. Guardo buenos recuerdos del Liceo Alemán. Conocí allí a profesores excepcionales: algunos eran verdaderos ángeles.

Nuestra familia viene de un bisabuelo de origen ecuatoriano; mi abuelo vivía en Copiapó y allí nacieron mi padre Luis Merino Saavedra y su hermano José Toribio Merino Saavedra, el que fue a la Escuela Naval. Mi padre estudió primero ingeniería en la Universidad de Chile y a fines del siglo XIX entró a la Escuela Militar donde fue alumno distinguido. Después estuvo por años en misión de estudio en el ejército alemán, más tarde fue agregado militar en Tokio y después un importante historiador militar. Cuando murió, nosotros quedamos en la mayor pobreza. Nos ayudaba la familia, tanto paterna como de mi madre".

Usted publica por primera vez en 1936 un libro de poesía "Islas de música" lo que indica, seguramente, una vocación bastante anterior.

"Empecé a escribir poesía a los 12 años en el Liceo Alemán. El profesor de física,

Literatura

el sacerdote José Schmidt, hombre muy fino, lector de Goethe, fundó la Academia Literaria en la que comencé a participar”.

¿Cuándo se decidió por la novela?

“Eso es algo importante. La generación del 38 fue una generación aplastada por los grandes poetas chilenos y españoles: Neruda, Huidobro, bastante menos Gabriela Mistral. Pero también García Lorca, que curiosamente comenzó a ser conocido entre nosotros gracias al doctor Eduardo Cruz-Coke. En ese mundo, algunos nos escapamos a la prosa. Escribí algunos cuentos. Y después me atreví con la novela: ‘Regazo amargo’, fue premiada por Zig Zag; ‘Ultima Llama’ recibió el Premio Atenea, después ‘La vida adulta’ que considero la mejor, pero que tiene cosas íntimas y dolorosas y por eso prefiero que no se vuelva a publicar. Más tarde vinieron ‘Los feroces burgueses’ que reeditó el año antepasado LOM y también ‘Amor y maleficio’ que demoró diez años”.

Sus cuentos son menos conocidos...

“Efectivamente. Algunos fueron premiados. Con ‘El chiquillo blanco’ gané el concurso Atenea que era bien importante. Pero después fue descalificado por el rector de la Universidad de Concepción, Enrique Molina, porque-según él- en la colección había un cuento pornográfico. Pasó a llevar al jurado y cometió un abuso. Al mismo tiempo, dio el premio a Eduardo Barrios, que ya había ganado el Nacional, lo que lo hacía invulnerable. Un atropello al escritor joven. Yo colaboraba en ‘Las Últimas Noticias’, dirigida por Byron Gigoux James, periodista, pintor, escritor, un personaje. Le conté lo que me había pasado y me dijo: Y usted ¿qué le va hacer? -Nada pues, qué puedo hacer contra la Universidad de Concepción. ‘Este es un gran diario. Aquí tiene sus páginas, cuente lo que ha pasado’. Así lo hice. El asunto tomó mucho vuelo. También solidarizó conmigo Préndez Saldías, amigo de Barrios, un tipo muy odiado pero que era una buena persona”.

CONVERSACION CON MERINO

Hablemos de su trayectoria gremial.

“He sido presidente del Sindicato de Escritores, del Instituto Chileno-Arabe de Cultura y del Pen-Club. Siempre me interesó la labor gremial porque el escritor es muy poco considerado en esta sociedad. El sindicato fue creado por Pablo de Rokha y tuvo como presidente a Luis Durand. Era mirado como una cosa ordinaria. Allí también llegó Benedicto Chuaqui. Se vino abajo con la Ley de Defensa de la Democracia de 1948 y después surgió la Asociación de Escritores de Chile. En todo esto participaron mucho Juvencio Valle, Mila Oyarzún, Nicasio Tangol, González Urizar”.

También fue presidente de la SECH...

“Fui vicepresidente cuando Neruda era presidente, más tarde me eligieron presidente. Hicimos bastantes cosas. Como presidente me tocó ir con Juvencio Valle, Ernesto Eslava, María Cristina Menares y otros a saludar a Salvador Allende como presidente electo. Fue días antes del asesinato del general René Schneider. Ahí ocurrió algo especial. Había conversado conmigo un muy buen amigo, el coronel en retiro Rafael Valenzuela para decirme que el doctor -así trataba a Allende- estaba interesado en saber qué pasaba en la Armada y

le habían dicho que yo tenía un primo almirante. Después de saludar a Salvador Allende de me quedé un poco atrás -arriesgando a que creyeran que iba a pedir un favor al nuevo presidente- y le dije: ‘Rafael Valenzuela me pidió esto y esto. No sé mayormente lo que pasa en la Marina, pero en cuanto a José Toribio Merino seguramente es ultra católico o monarquista pero es un profesional distinguido’. Allende me hizo entonces una pregunta muy de político: ‘¿Y le responde la gente? Supongo que sí porque tiene mando, le dije’. Le avisé de esta conversación a Merino, aconsejándole que hablara con Allende. El almirante me fue a ver a la casa. Recuerdo que entre otras cosas me dijo: hay que entender los cambios, no se puede andar atacando al marxismo porque mucha gente cree en él. Sería como atacar a la religión católica. Estuvo comprensivo, abierto. Le dije de paso que el marxismo no era una religión y las cosas quedaron hasta ahí”.

LA DICTADURA Y LOS ESCRITORES

¿Qué significó la dictadura en el plano cultural?

“Fue una noche. Empezó la censura que es un oprobio y después vino la autocensura que es peor porque envilece al que la practica”.

¿Hubo mucho de eso?

“Creo que sí. Hubo también muchos cobardes. A pesar de todo hubo literatura, pintura, teatro, cine, por encima de la represión. Pero no hay que olvidar que hubo una

dictadura negra, que ejemplificaron bien las quemadas de libros y las purgas en las bibliotecas públicas. La represión fue brutal, la muerte andaba suelta por las calles. Hubo cosas increíbles. Me contó Edmundo Herrera que a pocos días del golpe en una reunión, una escritora de derecha propuso que todos los escritores que no estábamos con el golpe fuéramos detenidos y expulsados del país. Enrique Campos Menéndez -según la historia- se habría opuesto. No por demócrata sino porque les dijo que una cosa así sería una estupidez sin nombre”.

¿Y a usted cómo lo afectó?

“Fue el derrumbe de un mundo, de una ilusión y una esperanza. Significó sufrimiento, preocupación por los amigos, por la familia. A mí me echaron de Quimantú. Un libro al que le había hecho el prólogo fue picado para convertirlo en simple papel”.

¿Usted siguió escribiendo?

“Claro, a la espera de mejores tiempos y haciendo algo de actividad gremial. Había que proteger la SECH. Luis Sánchez Latorre fue el presidente y lo hizo bastante bien. Escribí en ese tiempo ese librito sobre los premios nacionales. Cuando mataron a Carmelo Soria hice una crónica en memoria suya. Era un hombre estupendo. Después llegué a colaborar en ‘Fortín Mapocho’, hasta que se acabó”.

¿Qué opina de la actual literatura chilena?

“Sin duda hay cosas interesantes. Como asunto general creo que la gente joven piensa que la literatura empieza con ellos. Paul Valery decía que no puede despreciar nada

de lo que se ha creado y esa verdad parece olvidada”.

¿A qué atribuye ese fenómeno?

“Pienso que se debe a las características de la juventud de hoy. Hablo en general, hay excepciones. No le interesa el acontecer político, no se inscribe, no tiene mayor preocupación social, parece ganada por el egoísmo que se le inculca. El problema es muy complejo. A veces pienso que la juventud de hoy es el resultado de hogares en que trabajan el padre y la madre. Son niños que se han criado solos y sufren una gran falta de afecto”.

Y en lo específicamente literario...

“Se lee poco. Predomina la imagen. Nosotros tuvimos una lectura muy intensa”.

EL OFICIO DE ESCRIBIR

Eso lleva a decir algo sobre su formación literaria

“Nos formamos en el cambio de la novela tradicional, de aventuras, de amor. De allí se pasó a la novela testimonial, profunda. Proust hace una novela agónica pero directa, con increíble introspección. Influye, sin duda en Joyce y de allí a los novelistas norteamericanos. Faulkner cambia la literatura. Sin perder de vista la novela tradicional: Balzac, Flaubert, Sainte Beuve decía que Balzac era ignorante como un poste, pero un genio literario que retrató la clase en ascenso que venía de los tercios napoleónicos. Cuando Balzac dice: va a venir una masa de *sans culottes* que nos va a arrasar a todos, está viendo el porvenir. Marx y Engels apreciaron mucho a Balzac que políticamente era monarquista”.

¿De allí viene su prosa sencilla, poco florida, sin mayores aspavientos?

“Debe ser una cosa de carácter, por mi formación. También tiene que haber influido el ejercicio del periodismo. Y un par de cosas singulares más: el trabajo en una revista técnica del servicio de Investigaciones y después mi amistad con Carlos Soto Rengifo, siquiatra, inteligentísimo y muy lector. Terminé copiándole a máquina los informes. Tuvo casos resonantes, como el de María Luisa Bombal. Aprendí allí mucho de la gente y también en la calle que enseña mucho”.

¿Qué aconsejaría a los escritores jóvenes?

“Intentando algo, porque no es claro que sirven los consejos en este tiempo, les diría que hay que pensar que el oficio tradicional consiste en estar siempre leyendo o escribiendo. Trabajo y rigor en el oficio. Y tener en cuenta que sobre todo importa la creación. Tal como en el trabajo del carpintero no valen las virtudes sino el mueble, lo que importa es la obra creada. Uno piensa que ha hecho algo maravilloso y no es así. Pero hay que perseverar. ¿Por qué escribe uno? Es una pasión de tal intensidad que uno lo hace porque está vivo y para sentir que lo está”.

¿Está escribiendo memorias?

“No. Y no lo haré aunque no faltan los interesados. Mi vida tuvo comienzos muy penosos. He pasado por episodios tristes que no quisiera revivir. Además muchas veces la gente recibe mal los recuerdos. La memoria a veces no es grata. Por lo demás, mi vida está en mis novelas y en mis otros libros y ensayos” ●



EL escritor Luis Merino Reyes y su esposa, Lucía Montero Marín.